

Cuadernos del Sur

AÑO 12 - Nº 21

Mayo de 1996

Tierra
del Fuego

Revolución: un fantasma que no fue conjurado

Florestán Fernández

Florestán Fernández (22-VII-1920/10-VIII-1995) fue un hombre de ideas inconformistas, perseverante en la lucha por la transformación radical de un ordenamiento societal tan rico como desigual.

Conjugó sus actividades como profesor universitario, investigador riguroso y autor de numerosas obras de reconocida importancia en el campo de las ciencias sociales, con un compromiso de vida empeñado en las tareas esenciales de su tiempo, que se expresó tanto en el enfrentamiento a la dictadura militar como en su labor como Diputado Federal por el Partido de los Trabajadores.

Florestán se incorporó al Consejo de Redacción de Cuadernos del Sur en 1992, desde entonces mantuvimos un diálogo fluido e interesado, sin embargo, por distintas razones nunca logramos publicar un trabajo suyo. El texto que sigue es el último que envió a imprenta antes de su muerte; nos fue enviado por sus colaboradores de la Universidad de San Pablo, donde fue publicado. Nos sumamos así a las múltiples iniciativas que buscan rescatar la memoria y el proyecto político de un intelectual profundamente comprometido con la causa de los trabajadores y el socialismo.

Hobsbawm, en un libro inteligente y provocativo, procuró demostrar que el drama de Europa consistía en la conjunción (o tradición) de intelectuales revolucionarios y de una sociedad que repele la revolución. Durante la lectura sentí al historiador, quien vivió el postbolchevismo, lidiando sutilmente con convicciones íntimas y con la justificación de los errores de la

Unión Soviética en las cuestiones internas del partido, dentro de sus fronteras, y en la política internacional de concesiones a la “guerra fría”.

Nosotros, en Brasil, ni eso siquiera podríamos hacer. Nuestros partidos de izquierda se vieron forzados a un oportunismo tortuoso, compensado con momentos de exaltación teórica, y sólo una vez llegaron a la práctica, durante la experiencia de la Alianza

Nacional Libertadora (ANL), en 1935. Ese “revolucionarismo subjetivo” comenzó a sufrir rectificaciones, exactamente en la época en que amainó la “guerra fría” y se proclamó el nuevo credo burgués de la “muerte del socialismo”. Los intelectuales, en su mayoría, cuando están desconectados de la práctica prefieren salvar el pellejo, para no sacrificar la conciencia... Hubo un desvío encubierto y no siempre coherente en dirección a la socialdemocracia, que no sería un mal en sí. El mal consistió en la disposición de ceder terreno sin luchar y en la instrumentalización de la socialdemocracia convertida en mano izquierda de la burguesía. Este proceso, que se continúa, nos amenaza con la pérdida de las pocas alternativas partidarias de construcción de una nueva sociedad.

Me gustaría tratar el tema como sociólogo. En la PUC (Universidad Católica Pontificia), por ejemplo, donde resolví tomar lecciones en el último trimestre de 1977, me encontré con una rica oferta de cursos. Había uno que focalizaba la organización social. En un impulso, pregunté ¿por qué no había un curso que tratase no sólo del cambio social, sino específicamente de la revolución social? Allí estarían dados los dos polos: el orden y su reproducción; el orden y su transformación radical o a la

inversa. Mis colegas del curso de postgrado, que eran abiertos a la reflexión crítica, enseguida agregaron esa complementación necesaria.

Desde una perspectiva macrosociológica, la revolución es más importante que la estabilidad social, pensadas como asuntos específicos. Los evolucionistas fueron combatidos por causa del predominio de abordajes mecanicistas y positivistas. No existiría, por tanto, “evolución social de la humanidad” ignorándose cambios sociales abruptos, provenientes de invasiones, difusión cultural y cambios sociales que adaptasen el orden a innovaciones que a su vez conducirían a la reforma social y a la revolución.

Si superáramos los raciocinios circulares, el orden social no ganaría mucho con la obsesión comparativa. Especialmente en las sociedades estratificadas, en las cuales el orden social puede contener contradicciones y tensiones más o menos violentas en virtud de su constitución. Es un mito postular que los dinamismos reproductivos son más importantes que los transformadores. En esas sociedades, la estabilidad proviene del monopolio del poder por parte de una categoría social, una casta, un estamento o una clase. Como explicaran Marx y Engels en *La ideología alemana*, el monopolio de

poder y la estabilidad se vinculan a la supremacía o a la dominación predominante.

Eso no presupone de por sí, la existencia de tensiones y de contradicciones que exijan algún tipo de cambio social. Y la revolución (como, desde otro ángulo, la reforma social) crea las motivaciones de la rebelión. La dominación de clase, que aquí nos interesa, tiende a reforzar la estabilidad y a prolongar el orden social existente más allá de la capacidad de tolerancia y sumisión de otras clases o de los desclásados, que alcanzan así una visión negativa del orden social y terminan por desear destruirlo, eliminando el orden prevaleciente y la dominación de clase.

La desintegración del feudalismo fue prolongada. A pesar de la dispersión de los núcleos poblacionales y del grado de autonomía de los grandes señores, la solidaridad de los estamentos dominantes contuvo las reacciones capaces de acelerar los ritmos históricos. El precio de la salvación de la nobleza se decidió por la centralización del poder en manos de las casas nobles más poderosas, en el protagonismo consecuente de la monarquía y en la disociación progresiva de los artesanos-comerciantes de controles rígidos. Fue así que surgieron las premisas históricas de la difusión del capital bajo la forma de moneda, de la propie-

dad privada moderna y de las relaciones mercantiles correspondientes. En poco tiempo, ese estamento intermediario ayudó a enterrar el orden feudal, convirtiéndose a la vez en un componente muy importante en la sociedad emergente.

Dentro de esa perspectiva morfológica, que abstrae aspectos decisivos de la totalidad de los procesos económicos y políticos puede observarse la formación de una clase nueva, interesada en la desintegración de la sociedad feudal, sólo para aprovecharse de los dividendos que podían ser convertidos en riqueza o poder. La burguesía se abrió camino en forma sinuosa y se insertó en la revolución que se gestaba en la cúpula, al mismo tiempo activa y parasitariamente. Llevaría aún tres siglos más que ella blandiese banderas revolucionarias “populares” y de “salvación nacional”.

El ejemplo es esclarecedor porque muestra la formación de una dominación de clase según moldes disimulados y bajo el manto de un despojo de otros sectores sociales, de alto a bajo, con economía de energías sociales y por medio de la penetración sistemática en todos los puestos accesibles de poder. En tales términos la desintegración de la sociedad feudal y la consolidación de la monarquía se erigen como un modelo de re-

belión silenciosa, que abarca reformas sociales sucesivas, la extinción paulatina de la herencia feudal y la fermentación de innovaciones estructurales de arriba para abajo y viceversa. De hecho, antes de culminar ese complejo ciclo de alteración del orden, los burgueses consiguieron ennoblecerse, sus subclases se irradiaban por todo el sistema de poder y, en conjunto, ardían por el advenimiento de un nuevo orden social en el cual no encontrasen obstáculos para difundir una nueva concepción del mundo. La revolución social corona, a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, esa eclosión tardía que transmuta una intrínseca red de intereses económicos, valores sociales y aspiraciones políticas.

En el comando de las fábricas, de otras instituciones-llaves de la sociedad y, en particular, del Estado, se inaugura otro estilo de acción social burguesa. Con ritmos rápidos, la burguesía consolida una dominación de clase que invierte los pilares centrales de la "Gran Revolución". Libertad, igualdad y fraternidad en sus principales desdoblamientos, no eran conciliables con la forma moderna de propiedad, con la acumulación ampliada del capital, que imponía, inexorablemente, la explotación intensiva del trabajador, y con las luchas sociales inher-

entes al nuevo tipo de sociedad civil. La burguesía "conquistadora" no podía ceder espacio a la ebullición que agitaba la sociedad. Ella no interrumpe su revolución, pero pasa a graduarla con el fin de extenderla a todos los rincones del medio socioeconómico, cultural y político. Sus banderas revolucionarias fueron arriadas y toda transformación que afectase la estabilidad del orden social sufría paralizaciones prolongadas.

Excluido, de hecho, de las redes de una confrontación de ideas tolerable y de la sumisión al poder, el proletario no disponía de vías de autoemancipación colectiva. Sólo la experiencia enseñaría cuáles eran las armas institucionales que deberían ser puestas en movimiento para desencadenar luchas sociales amenazadoras para la organización de las fábricas o de la sociedad. El Estado asumió la responsabilidad de garantizar la estabilidad y de imponer cambios que sólo a largo plazo tendrían un significado positivo para todos. No había cómo infiltrarse, a no ser por un "tamizado" social que sustaría a los proletarios sus cuadros más capaces y combativos ("circulación de élites" acompañada de la acefalización de la pequeña burguesía y de los líderes de los trabajadores calificados).

El nivel cultural medio de los países europeos más adelantados

propiciaba que los maestros-artesanos contasen con informaciones especializadas y conocimientos superiores a los que poseían otros trabajadores. Eso facilitó la disseminación del radicalismo político y la formulación de reivindicaciones que condujeron a posiciones de reforma social y permitieran la irrupción de los dos movimientos sociales descriptos por Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*. Liberales y conservadores resistían a las presiones de abajo para arriba. En la inminencia de las manifestaciones desastrosas para el orden preferían, en caso de alternativa, dosificar los cambios exigidos. Apenas atendían aquello más urgente o inevitable. La "democracia burguesa", por tanto, entraba en un compás de acomodación y su realidad histórica nacía de los sectores en confrontación con la dominación de clase.

Casi un siglo después, el capitalismo financiero tornóse crecientemente burocrático y procesos de internacionalización de la producción, del mercado y del "Estado de Derecho" germinaron en tres ondas sucesivas de oligopolización y de avances y retrocesos en la incorporación imperialista de la periferia. En el ínterin, los centros imperiales fabricaron su propia periferia. La tecnología de las computadoras y la tecnocracia tomaron cuenta de lo que se conoce

actualmente como "globalización". Después del final de la "guerra fría" comenzó a circular el mito de que "el socialismo está muerto" y el orden social de la tercera revolución del capital monopolista funcionó como una trampa tanto para el "radicalismo responsable" como para la propia revolución. Los países pobres o en vías de desarrollo fueron empujados hacia esa trampa, pues el capitalismo monopolista de la era actual requiere una infraestructura nueva (una frontera de expansión dentro del mismo espacio geográfico). El "neoliberalismo" sirvió para dar una apariencia de sentido a ese proceso de devastación de las clases sociales y de los sin clase. Un embuste ideológico sin paralelos y también sin premisas históricas engaña la imaginación burguesa y la de aquellos que deberían encarnar la resistencia feroz a las formas de violencia, de ultraexpropiación y de aplastamiento de las luchas sociales de los trabajadores, de la pequeña burguesía y de los estratos de las clases medias en desnivelamiento social. Las respuestas a esa tragedia, llamadas "de izquierda" por la socialdemocracia, asumieron un carácter ambiguo y conformista.

Se revela aquí la actualidad del marxismo y la necesidad del socialismo revolucionario militante. La experiencia del socialismo de acu-

mulación y de las tentativas revolucionarias nacionalistas demostraronse insuficientes. Tuvieron un punto positivo: el regreso a Marx, conjugando dialécticamente teoría y praxis. Los errores cometidos tienen importancia crucial. Ellos apuntan las exigencias expresas del pensamiento socialista revolucionario. Reclaman fidelidad integral a los objetivos de la democracia de la mayoría y la elaboración de los requisitos del advenimiento del comunismo. No puede separarse en tres el proceso de revolución socialista: en el vértice dirigente, las lideranzas intermedias políticas y tecnocráticas; en el medio, pero sin posibilidades concretas de acción revolucionaria propiamente dicha, los "intelectuales orgánicos", sabios eunucos de un orden social moldeado sin la comprensión de las tendencias históricas de medio y largo plazos de la revolución; en la base, una extensa población excluida de las actividades que ligan teoría y práctica, fanatizada por una máquina de propaganda cruel y castrada del poder operativo.

Muchos rastrean en Marx sus geniales previsiones de la organización y del futuro del capitalismo, inclusive en lo referente a la primera manifestación del capital monopolista. Mas no es por allí que se define toda la grandeza de Marx y de otros marxistas de for-

mación teórica rigurosa. Ella está descripta en la "óptica comunista" que Engels y él formulan con perspicacia política en *El Manifiesto Comunista*. La división corre entre la reproducción y la ampliación de la barbarie, y una sociedad sin clases, que aniquila larga parte de la herencia cultural burguesa. Los académicos se apoderaron de los textos clásicos del socialismo revolucionario. Llegaron a tornarlo tan preciso que terminaron liquidando con un marxismo muerto, una especie de teología tomista o de metafísica kantiana (como se puede exemplificar con Althusser). La erudición apagó lo que había de inventiva y provocador para la reflexión y la contribución de las generaciones posteriores. El destino de su obra no era ese sino el de fundir las ideas de los filósofos y las acciones rebeldes de los obreros, generando fuerzas sociales para la construcción de una sociedad nueva.

La actualidad de Marx se vincula, pues, directamente, al socavamiento y eliminación del capitalismo monopolista avasallador, de la "globalización" de economías, culturas y sociedades que, en verdad, sólo se unifican en ciertos puntos estratégicos de la consolidación del capitalismo en su paradigma final. Más bárbaro y brutal de lo que se podría imaginar. Hay pensadores que simpatizan con Marx

y neomarxistas rigurosos que afirman percibir en los caracteres del capital monopolista en desarrollo elementos para dudar e incluso negar la probabilidad de una revolución obrera. Sin proceder a una representación de lo concreto como totalidad histórica, proponen conclusiones que abstraen el campo de los cambios revolucionarios. Sería pertinente preguntarse: ¿tales caracteres fundamentan la presunción de que los cambios en vías de ser históricos se realicen? El capitalismo monopolista de la era actual sofocó las contradicciones intrínsecas del capitalismo en general, que se agravan de manera imprevista gracias a la composición del capital y a la tecnología que él presupone? Al producir lucro y pobreza en una escala geométrica y al entronizar una tecnocracia que domina todas las instituciones, desde la corporación gigantesca al Estado, él aumenta la tolerancia de los subalternizados, cuyo escalón mínimo de pobreza gira en torno del 25% para arriba o para abajo? La comunicación de masas ejerce un efecto narcótico permanente en la cabeza de los marginados del sistema, pero no tiene cómo anular las contradicciones reales de una sociedad de ese tipo.

Nos aproximamos así a la verdad. La actualidad de Marx no reside en las obras que escribió

sino en el llamado a estudiar y reinterpretar lo concreto como totalidad histórica y descubrir en él la naturaleza de la revolución. Actualidad significa "ir más allá", siguiendo los mismos principios y métodos interpretativos. Si sobreviven las crisis de larga duración y si persiste el clamor rencoroso de quienes sufren los dilemas sociales, el orden está condenado. Se generaliza la comprensión de que en la sociedad vigente radica la génesis de las iniquidades, de las psicosis y del padrón de deshumanización de la persona. Las dos alternativas son la decadencia inevitable o el socialismo. ¿De qué lado nos situamos? ¿Dejar que la civilización más rica de la historia de la humanidad perezca miserabilmente o llevar adelante los procesos de renovación sin límites que ella contiene, bajo el manto del socialismo revolucionario?

Volvemos al punto de partida que Marx y Engels atravesaran. Las revoluciones de mediados del siglo XIX fallaron, dentro de una óptica comunista. ¿Qué fue lo que los dos pensadores hicieron entonces? Se volvieron sobre la historia para descubrir la fuente de sus errores. Enfrentaron revolución y contrarrevolución cara a cara y buscaron nuevos interrogantes para los problemas mal entendidos o para los procesos en gestación. Las evoluciones del ca-

pitalismo monopolista actual son claramente reaccionarias. Reacción *versus* revolución. Debemos recuperar la noción de revolución permanente que ellos enunciaron. Y verificar por qué los caminos de esa típica reacción, inmersa bajo las innovaciones y la “modernidad”, desembocan en los límites de una civilización estática. Principalmente, nos corresponde estudiar si los dinamismos de la revolución no estarán alimentando, en el sustrato de la sociedad capitalis-

ta más avanzada, algo diferente —una civilización capaz de fomentar un mundo histórico que va más allá de los tecnólogistas y de sus beneficiarios—. Es decir, liberar a la imaginación inventiva, la ciencia y la tecnología de las cadenas que las ligan a la multiplicación de la injusticia social.

San Pablo, Brasil. 1995

(*Traducción del portugués:* Mariela Molinari.)

Viento del Sur

Revista de ideas, historia y política

VIENTOSUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA